

## ZAQUES DE GENEROSOS VINOS (EL VINO EN *EL QUIJOTE*)<sup>1</sup>

JERÓNIMO ANAYA FLORES

Catedrático de Instituto. Consejero del Instituto de Estudios Manchegos

ANTONIO T. ANAYA FERNÁNDEZ

Licenciado en Historia

### RESUMEN

Cervantes recoge en *el Quijote* y en otras obras el tema del vino, aunque no solo propone, como los moralistas, la moderación, sino que nos presenta otros aspectos relacionados con esta cultura. A Sancho se le caracteriza como «bravo mojó», es decir, excelente catador, sirviéndose para ello Cervantes de expresiones coloquiales y algún motivo folclórico. Frente al escudero, que siempre está dispuesto a beber, don Quijote aconseja la moderación. Además, en la obra el vino no solo sirve de manjar sino también de medicina, y aquí Cervantes parodia los bálsamos terapéuticos cuando don Quijote fabrica el suyo, el famoso bálsamo de Fierabrás, entre cuyos componentes no puede faltar esta bebida.

### PALABRAS CLAVE

Don Quijote. Sancho. Vino. Vinos españoles. Bálsamo de Fierabrás. Botas. Odres. Zagues.

### ABSTRACT

Cervantes deals with the subject of wine in *Don Quixote* and other works, but he does not only encourage moderation, as the moralists would do, but also is interested in other aspects related to the cultural aspects of wine. Thus, Sancho is depicted as “bravo mojó”, that’s to say, “excellent taster”, and Cervantes often uses colloquial expressions and local folklore to describe him as such. Unlike his squire, who is always willing to drink, *Don Quixote* advises moderation. Also, in Cervantes’s work, wine is not only a delicacy but is also used as a medicine, and Cervantes parodies the potions of his time when he makes his own, the famous Friar’s Balsam, whose components obviously include this drink.

### KEY WORDS

*Don Quixote*. Sancho. Wine. Spanish wines. Friar’s Balsam. Boots. Wineskins.

El humanista italiano Lorenzo Valla (1407-1457), que fue secretario del rey de Nápoles Alfonso el Magnánimo, escribió un libro, *De voluptate (Sobre el placer)*, (1431), cuyo título después cambió, para no escandalizar, por *De vero falsoque bono (Sobre el bien verdadero y falso)*; en la parte I, 26: «De potu et laudibus vini» («Sobre la bebida y las alabanzas del vino»), escribía:

<sup>1</sup> Fecha de recepción: 30 de junio de 2015. Fecha de aceptación: 15 de diciembre de 2015.

¿Qué diré del vino? En su alabanza, no habrá discurso que no sea inferior. [...] En dos cosas aventajamos los hombres a los animales: en que podemos decir los sentimientos y beber vino; este haciéndolo entrar dentro; aquellos echándolos fuera. Sin embargo, no siempre es alegre hablar, mientras que siempre es tiempo de beber, a no ser que el vino o el paladar estén viciados. Estas cosas nos son suministradas por la naturaleza, de modo que la mocedad no puede llegar a imbuirse de razón de hablar antes de conocer el vino, y la vejez pierde antes el bien hablar que el bien beber: tanto crece de día en día el placer de ese don natural<sup>2</sup>.

Strabon, en su *Geografía de España*, al referirse a las costumbres de los montañeses del Norte de la Península, dice que todos «eran gente que comía poco, no bebía sino agua y dormía en el suelo»; aunque un poco más adelante matiza las ideas, pues bebían «cerveza, porque la tierra escasea en vino, y cuando se proveen de él, al punto lo consumen en convites con los parientes<sup>3</sup>». Al parecer, el vino era la bebida más preciada, y solo cuando escaseaba bebían otra cosa.

Pero si beber vino es un don natural, también es cierto que se debe beber con moderación. Ya en las *Siete partidas* Alfonso X aconsejaba a los hijos de los reyes que fueran «mesurados en beuer el vino»:

Acostumbrar deuen a los fijos de los Reyes, a beuer el vino mesuradamente, e aguado. Ca segund dixeron los Sabios, si lo beuiessen fuerte, o ademas, tornase ya en grand daño, que faze postemas en las cabeças de los moços, que mucho vino beuen; e caen porende en otras grandes enfermedades, assi que cuydan los omes, que es demonio; e demas, fazeles ser de mal sentido, e non bien acostumbrados: ca les enciende la sangre, de guisa que por fuerça han de ser sañudos, e mal mandados; e despues, quando son grandes, han de ser follones contra los Señores. E aun sin todo esto, fazeles menguar las saludes, e encortar la vida<sup>4</sup>.

Huarte de San Juan, aunque permite a los gobernantes beber vino, también pide la moderación:

<sup>2</sup> José María VALVERDE, «El Renacimiento desde sus preliminares», en Martín de RÍQUER y José María VALVERDE, *Historia de la literatura universal*, vol. 4, Barcelona, Planeta, 1984, p. 227.

<sup>3</sup> Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ y Aurelio VIÑAS, *Lecturas históricas españolas*, 4.<sup>a</sup> ed., Madrid, Rialp, 1984, p. 30.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 142.

La obra de juzgar, ya hemos dicho atrás, pertenece al entendimiento, y que esta potencia aborrece el calor, y para esto hace muy gran daño el vino. Pero gobernar una república, que es distinta cosa de tomar un proceso y sentenciarle, pertenece a la imaginativa, y esta pide calor; y no llegando al punto que es necesario, bien puede el gobernador beber un poco de vino para hacerle llegar. Lo mesmo se entiende del capitán general, cuyo consejo se ha de hacer también en la imaginativa. Y si con alguna cosa caliente se ha de subir el calor natural, ninguna lo hace tan bien como el vino; pero ha de ser moderadamente bebido, porque no hay alimento que tanto ingenio dé al hombre, o se lo quite, como este licor<sup>5</sup>.

En otra ocasión, dirá del vino «que si se bebe en cierta cantidad hace al hombre ingenioso, y si pasa de allí lo enloquece<sup>6</sup>». El vino es, para Huarte de San Juan, una bebida esencial, aunque tiene, si falta, su «lugarteniente»: «si falta vino para beber, hay agua, cerveza, leche, zumo de manzanas y de otras frutas<sup>7</sup>». Tan importante es el vino, que Petronio<sup>8</sup> llega a decir que la vida es vino y un poco más adelante: «Somos unos odres inflados que caminan», y opone claramente el agua, que «tiene dientes y deshace cotidianamente nuestras energías», al vino, pues «cuando me echo un trago de vino-miel mando el frío a la porra<sup>9</sup>». En esta oposición agua-vino se halla el célebre poema de *Razón de amor con los denuestos del agua y del vino*. En este anónimo poema del siglo XIII se cuenta cómo entre las ramas de un manzano se ve un vaso de plata, lleno «d'un claro uino / que era uermeio e fino<sup>10</sup>», es decir, de un vino claro, rojo y suave. Una dama había puesto el vaso en el huerto para dar de beber a su enamorado, al que estaba esperando, y dice:

Qui de tal uino ouiesse  
en la mana quan comiesse:  
e dello ouiesse cada dia,  
nunca mas enfermarya<sup>11</sup>.

<sup>5</sup> JUAN HUARTE DE SAN JUAN, *Examen de ingenios para las ciencias*, ed. Guillermo Serés, Madrid, Cátedra, 1989, p. 571.

<sup>6</sup> *Op. cit.*, p. 719.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, p. 710.

<sup>8</sup> PETRONIO, *El Satiricón*, ed. Julio Picasso, Madrid, Cátedra, 1985, p. 84.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, p. 86.

<sup>10</sup> «Razón de amor con los denuestos del agua y el vino», en *Antigua poesía española lírica y narrativa*, ed. Manuel Alvar, 2.<sup>a</sup> ed., México, Porrúa, 1974, pp. 143-157. El texto citado, p. 149, vs. 15-16.

<sup>11</sup> *Op. cit.*, pp. 149-150, vs. 23-26.

También hay en el manzano otro vaso, pero este «pleno era d'un agua fryda / que en el mançanar se naçia<sup>12</sup>». Una paloma, en su vuelo, vierte el agua sobre el vino y empiezan «los denuestos<sup>13</sup> del agua y el vino», a partir del verso 162 hasta el 253. El Vino le dice, entre otras cosas, al Agua: «que cuando te legás al buen bino, / lazes lo fleble e mesquino<sup>14</sup>», es decir: en cuanto te mezclas con el buen vino, lo haces débil y malo. El Agua se defiende: «no es homne tan senado, / que de ti ssea fartado, / que no aya perdido el sseso y el recabdo<sup>15</sup>», o lo que es lo mismo: no hay hombre que, al hartarse de ti, por mucha discreción que tuviera, no haya perdido el seso y la prudencia. Continúan los ataques y las defensas. El Vino dice que «la mesa sin mi nada non ual<sup>16</sup>», pero el Agua le replica que él hace ver las cosas como no son, pues si pone cinco velas, el borracho verá hasta un centenar<sup>17</sup>. Al fin el Vino hará su más alta defensa:

Yo fago al çiego ueyer  
y al coxo corer  
y al mudo faublá  
y al enfermo organar;  
asi com' dize en el scripto,  
de mi fazen el cuerpo de Iesu Sristo<sup>18</sup>.

Si el vino distingue a los hombres de los animales, como sostenía Lorenzo Valla, también es cierto que se debe tomar con moderación, como aconseja don Quijote a Sancho cuando este fue nombrado gobernador de la ínsula. Entre los sabios consejos que dio el caballero a su escudero, está el de la templanza:

Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra<sup>19</sup>.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, p. 150, vs. 29-30.

<sup>13</sup> Denuesto significa injuria, afrenta, vituperio que se dice a alguna persona: *Diccionario de Autoridades* (facsimil de la edición de Madrid, 1726-1739), Madrid, Gredos, 2002, 3 vols.

<sup>14</sup> «Razón de amor...», p. 154, vs. 168-169.

<sup>15</sup> *Op. cit.*, p. 155, vs. 180-183.

<sup>16</sup> *Op. cit.*, p. 156, v. 215.

<sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 156, vs. 226-229.

<sup>18</sup> *Op. cit.*, p. 157, vs. 246-251.

<sup>19</sup> Miguel de CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2004, 2 vols. Vol. I: II, 43, p. 1063.

Pero, a pesar de estos consejos, Cervantes en su obra elogia el vino. En su época, el vino de Ciudad Real era muy estimado en España, como señala el propio autor en *El coloquio de los perros*, cuando Berganza se refiere a su llegada a Montilla:

Llegamos, pues, por nuestras jornadas contadas a Montilla, villa del famoso y gran cristiano Marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y de Montilla. Alojaron a mi amo, porque él lo procuró, en un hospital. Echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se había adelantado a llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en menos de una hora se llenó el patio de gente. Alegrose mi amo viendo que la cosecha iba de guilla, y mostrose aquel día chacorrero en demasía. Lo primero en que comenzaba la fiesta era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo, que parecía de cuba. Conjurábame por las ordinarias preguntas, y cuando él bajaba una varilla de membrillo que en la mano tenía, era señal del salto; y cuando la tenía alta, de que me estuviese quedo. El primer conjuro deste día, memorable entre todos los de mi vida, fue decirme: «Ea, Gavilán amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces que se escabecha las barbas; y si no quieres, salta por la pompa y el aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza gallega, que servía en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilán? Pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno. ¡Oh, perezoso estás! ¿Por qué no saltas? Pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad Real, San Martín y Ribadavia». Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus malicias y malas entrañas<sup>20</sup>.

En *La gran sultana*<sup>21</sup> cantan los músicos y elogian el vino de Rute, Ciudad Real y San Martín:

MÚSICO 2            ¡O repentino poeta!  
                                  El rubio señor de Delo,  
                                  de su agua de Aganipe  
                                  te dé a beuer vn caldero.

<sup>20</sup> Miguel de CERVANTES, «Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza», en *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López y Javier Blasco, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 539-623. El texto citado, pp. 587-588.

<sup>21</sup> Miguel de CERVANTES, «La gran sultana», en *Obras de Miguel de Cervantes Saavedra. II. Obras dramáticas*, ed. Francisco Ynduráin, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1962, pp. 241-294. El texto citado, p. 283.

MÚSICO 1	Paladéente las musas con jamón y vino anexo de Rute y Ciudadreal.
MADRIGAL	Con San Martín me contento.

La relación de vinos españoles también aparece en *El licenciado Vidriera*, frente a los italianos, donde incluso Cervantes se refiere al vino de Valdepeñas, «uno de los más preciados de la época<sup>22</sup>», cuando habla de «la imperial más que real ciudad», alusión a Ciudad Real:

Allí conocieron la suavidad del Treviano, el valor del Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las Cinco Viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del Romanesco. Y, habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía ni como pintados en mapa<sup>23</sup>, sino real y verdaderamente, a Madrigal, Coca, Alaejos, y a la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa<sup>24</sup>; ofreció a Esquivias, a Alanís, a Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se le olvidase de Ribadavia y de Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped, y más les dio, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco<sup>25</sup>.

En el *Quijote* Cervantes alaba el vino de Ciudad Real cuando Sancho habla con el escudero del caballero del Bosque; este, que llevaba «una gran bota de vino<sup>26</sup>», se la ofrece a Sancho, «el cual, empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora<sup>27</sup>». Y después de alabar el vino, preguntó a su compañero: «Pero dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere<sup>28</sup>: ¿este vino es de Ciudad Real?<sup>29</sup>». Sancho era un buen catador, y así le responde el escudero del caballero del Bosque:

<sup>22</sup> Miguel de CERVANTES, «Novela del licenciado Vidriera», en *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López y Javier Blasco, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 265-301. La cita, p. 271, n. 39.

<sup>23</sup> Fantásticos, falsos.

<sup>24</sup> Baco, el dios del vino.

<sup>25</sup> Como en otros casos, el autor cita vinos españoles de distito origen.

<sup>26</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, II, 13, p. 797.

<sup>27</sup> *Op. cit.*, p. 798.

<sup>28</sup> CORREAS considera esta frase y otras parecidas («Por el siglo de mi madre... de mi padre») como «Juramentos; más ordinarios de mujeres»: Gonzalo CORREAS, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, ed. L. Combet, revisada por R. Jammes y M. Mir-Andreu, Madrid, Castalia, p. 1047.

<sup>29</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, II, 13, p. 799.







ESTORNUDO:                    ¡Oh rara habilidad! ¡Oh raro ingenio!  
 Bien puede gobernar, el que tal sabe,  
 a Alanís y a Cazalla, y aun a Esquivias.

Relacionado con el catador o mojón tenemos el escanciador. Escanciar es lo mismo que «echar de un vaso en otro el vino<sup>39</sup>». En el *Quijote*, la mejor escanciadora de vino que tuvo Gran Bretaña es la dueña Quintañoa<sup>40</sup>, que escanciaba el vino a Lanzarote<sup>41</sup>, según dice el romance varias veces citado por Cervantes:

Nunca fuera caballero de damas tan bien servido,  
 como fuera Lanzarote cuando de Bretaña vino,  
 que dueñas curaban d'él, doncellas del su rocino.  
 Esa dueña Quintañoa, esa le escanciaba el vino,  
 la linda reina Ginebra se lo acostaba consigo<sup>42</sup>.

Según el *Diccionario de Autoridades*, «aquellos que servían el vino iban delante, è los escanciadores atrás, con sus tazas puestas en sus platéles<sup>43</sup>».

Si Cervantes estima a mojones y escanciadores, no hace lo mismo con los taberneros. Ya en el prólogo de la segunda parte alude a las tabernas con cierto menosprecio; en efecto, al defenderse de los ataques de Avellaneda, que le llamó viejo y manco<sup>44</sup>, Cervantes escribe:

Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros<sup>45</sup>.

Aunque los taberneros fueron muy criticados en la literatura clásica<sup>46</sup>, no obstante en las tabernas se vendía vino «de lo caro», es decir, vinos de calidad,

<sup>39</sup> COVARRUBIAS, *op. cit.*, p. 488.

<sup>40</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 49, p. 619.

<sup>41</sup> *Op. cit.*, II, 23, p. 901.

<sup>42</sup> *El romancero viejo y tradicional*, ed. Manuel Alvar, México, Porrúa, 1971, p. 80.

<sup>43</sup> Platos pequeños.

<sup>44</sup> ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Fernando García Salinero, Madrid, Castalia, 2005, pp. 51-52.

<sup>45</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, II, Prólogo, p. 673.

<sup>46</sup> QUEVEDO, por ejemplo, escribe: «Los taberneros, de quien, cuando más encarecen el vino, no se puede decir que le suben a las nubes, antes que bajan las nubes al vino según le llueven, gente más pedigüeña del agua que los labradores, aguadores de cuero, que desmienten

porque eran caros, y «de ordinario», o de menor precio. Es curiosa la expresión «vino de una oreja» para referirse al vino bueno, como dice Cristina, un personaje del *Entremés de la cueva de Salamanca*<sup>47</sup> que espera a sus amantes, quienes traerán una canasta de Pascua «porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco, y dos capones que aun no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y, sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino, de lo de una oreja, que huele que trasciende». Correas<sup>48</sup> recoge la expresión «Vino de una oreja», que comenta así: «Por: vino bueno. “Vino de dos orejas”, por: vino malo; porque, probando el vino, si es bueno, alabándole se tuerce la cabeza por una oreja, y si es malo, vuélvese arredor dando con ambas orejas». En sentido contrario, comenta el *Diccionario de Autoridades* la expresión de «Vino de dos orejas» y dice: «En estilo vulgár llaman assi al vino fuerte y bueno. Dícese porque al tiempo de beberse menean la cabeza à ambos lados<sup>49</sup>».

Al vino de lo caro se hace referencia en el *Quijote*<sup>50</sup>:

- Lo mejor es que no corran - respondió otro - , porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores a la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

En otra ocasión, cuando piden vino «de lo caro» y, al no haberlo, pretenden dar a Sancho «agua barata», el buen escudero se acuerda de las bodas de Camacho y dice que no tiene sed de agua<sup>51</sup>. Entre los vinos caros o de calidad estaban los de San Martín, Ciudad Real, la Membrilla, Alaejos y Medina del

con piezgo [cueros donde se guarda el vino] los cántaros, estaban con un grande auditorio de lacayos, esportilleros, mozos de sillas y algunos escuderos, bebiendo de rebozo seis o siete de ellos en maridaje de mozas gallegas que hacían sed bailando, para bailar bebiendo». Francisco de QUEVEDO, «La Fortuna con seso y la Hora de todos. Fantasía moral», ed. Lía Schwartz, en *Obras completas en prosa*, dir. Alfonso Rey, vol. I, tomo II, Madrid, Castalia, 2003, pp. 561-810. El texto citado, p. 657.

<sup>47</sup> Miguel de CERVANTES, «Entremés de la cueva de Salamanca», en *Entremeses*, ed. Miguel Herrero García, Madrid, Espasa-Calpe, 1962 («Clásicos Castellanos», 125), pp. 185-213. La cita, pp. 191-192.

<sup>48</sup> CORREAS, *op. cit.*, p. 1104.

<sup>49</sup> VALLE-INCLÁN, en *Farsa italiana de la enamorada del rey*, pp. 67-68, usa en este sentido la expresión «vino de dos orejas»: «Y lo hay tinto cubierto, de dos orejas», dice la Ventera; «Y del de dos orejas, / un jarro», dice el Rey. *Vid.* Ramón del VALLE-INCLÁN, «Farsa italiana de la enamorada del rey», en *Tablado de marionetas para educación de príncipes*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1970 (Colección «Austral», 1315), pp. 9-85.

<sup>50</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, II, 66, p. 1279.

<sup>51</sup> *Op. cit.*, II, 23, p. 908.

Campo; los ordinarios eran de otras procedencias<sup>52</sup>. Varios refranes mencionan estos vinos; el de San Martín de Valdeiglesias, en la provincia de Madrid, aparece en refranes como «Vino de San Martín, encerrado en Ávila vale más un florín» y «Vino de San Martino, encerrado en Ávila es más fino<sup>53</sup>»; del de Alaejos, en la provincia de Valladolid, dice el refrán: «Vino de Alahejos, hace cantar los viejos<sup>54</sup>».

El vino es un manjar que no puede faltar en la mesa. Incluso cuando don Quijote tiene dificultades para comer, porque tenía las dos manos ocupadas en sostener la celada y en alzar la visera, el ventero le da vino, horadando una caña «y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino<sup>55</sup>». Pero el vino, además de alimento, se usa con fines curativos. En la novela del «Curioso impertinente», Leonela lava la herida de su señora «con un poco de vino<sup>56</sup>», como hacía el ciego a Lázaro, pues también le lavó «con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho<sup>57</sup>». En otra ocasión el ciego ironiza sobre las propiedades curativas del vino:

- Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en más cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil veces te ha dado la vida<sup>58</sup>.

Desde antiguo había partidarios de limpiar las heridas con vino, como escribe Pilar Cabanes<sup>59</sup>: «En el tratamiento de las heridas, existían los partidarios de la provocación del pus y los que abogaban por una cura no purulenta: limpieza con vino caliente, sutura y vendaje».

Bebido en exceso, el vino produce embriaguez, o zorra, como llaman al borracho, «porque el vino, como humo, sube a los cascós; la zorra, con el humo que la dan en la zorrera, se desvanece y cae<sup>60</sup>». El soldado del *Entremés de la guarda cuidadosa*<sup>61</sup> pregunta: «Cobarde, ¿a mí con rabo de zorra? ¿Es

<sup>52</sup> *Op. cit.*, II, 23, p. 908, n. 14.

<sup>53</sup> CORREAS, *op. cit.*, p. 815.

<sup>54</sup> *Ibidem*.

<sup>55</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 2, p. 58.

<sup>56</sup> *Op. cit.*, I, 34, p. 452.

<sup>57</sup> *Lazarillo de Tormes*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Planeta, 1976, p. 19.

<sup>58</sup> *Op. cit.*, p. 25.

<sup>59</sup> CABANES JIMÉNEZ, Pilar, «La medicina en la historia medieval cristiana», *Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid*, 32 (2006), pp. 1-13. El texto citado, p. 8.

<sup>60</sup> CORREAS, *op. cit.*, p. 1111.

<sup>61</sup> Miguel de CERVANTES, «Entremés de la guarda cuidadosa», en *Entremeses*, ed. Miguel Herrero García, Madrid, Espasa-Calpe, 1962 («Clásicos Castellanos», 125), pp. 87-118. El texto citado, pp. 109-110.

notarme de borracho...?». Pero el vino, bien usado, tiene otras virtudes, como la medicinal. Comentando el refrán «El vino ha de ser comido, y no bebido», escribe Gonzalo Correas<sup>62</sup>: «La razón es porque en sopas se detiene más en el estómago; y se ha de usar por medicina, y no por bebida». Por eso a Florentina, para reanimarla, dice María de Zayas<sup>63</sup> en su «Desengaño décimo» que «la sirvieron con unos bizcochos mojados en oloroso vino, por ser alimento más blando y sustancioso». Algo parecido dice Celestina: «Jamás me acosté sin comer una tostada en vino y dos docenas de sorbos, por amor de la madre, tras cada sopa<sup>64</sup>», es decir, para que el vino regulara la matriz. Más propiedades curativas del vino expone la vieja Celestina:

[...] esto quita la tristeza del corazón más que el oro ni el coral, esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza, pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia, conforta los celebros, saca el frío del estómago, quita el hedor al anhelito<sup>65</sup>, hace sufrir los afanes de las labranzas a los cansados segadores, hace sudar toda agua mala, sana el romadizo<sup>66</sup> y las muelas<sup>67</sup>, sostiene sin heder en el mar, lo cual no hace el agua<sup>68</sup>.

Lope, en *La Dorotea*, también se refiere a las virtudes terapéuticas del vino:

GERARDA.— ¡Ay, Dorotea! Como eres niña, no has menester al vino, ni sabes sus virtudes.

DOROTEA.— Querrás agora ser su coronista.

GERARDA.— Díjome mi dotor que el vino viejo que pasa de cuatro años es caliente y seco en el tercer grado.

DOROTEA.— ¿Qué son grados, tía?

GERARDA.— Hija, ¡todo lo que ha de saber quien vive en este mundo! Digo yo que serán más o menos cantidades. Finalmente, el vino, mientras más se envejece, más calor tiene; al contrario de nuestra naturaleza, que mientras más vive, más se va enfriando; es mejor el más

<sup>62</sup> CORREAS, *op. cit.*, p. 304.

<sup>63</sup> María de ZAYAS, *Parte segunda del Sarao y entretenimiento honesto [Desengaños amorosos]*, ed. Alicia Yllera, 4.ª ed., Madrid, Cátedra, 2000, p. 480.

<sup>64</sup> Fernando de ROJAS (y «antiguo autor»), *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, eds. F. J. Lobera y G. Serés, P. Díaz-Mas, C. Mota e Í. Ruiz Arzálluz, y F. Rico, Barcelona, Crítica, 2000, p. 123.

<sup>65</sup> Aliento.

<sup>66</sup> El catarro.

<sup>67</sup> El dolor de muelas.

<sup>68</sup> El agua se corrompe en las largas travesías marítimas, pero no el vino. ROJAS, *op. cit.*, pp. 204-205.

oloroso, más poderoso y espiritoso, no amargo ni con punta de vinagre, porque ha de ser agradable a todos los sentidos, y el que danza en la copa, tenle por más gallado.

DOROTEA.— *El pan con ojos, el queso sin ojos, el vino que salte a los ojos.*

GERARDA.— Este que digo, ayuda a la virtud expulsiva, resuelve los malos humores y quita las ventosidades; es bueno para los que tiene[n] crudezas en las venas y en otras partes<sup>69</sup>.

Incluso Pedro Ciruelo, en su *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*, impresa en Alcalá hacia 1530, cita varias veces el vino como medicina; por ejemplo, en los remedios naturales contra la rabia y la ponzoña, escribe:

Los ajos majados y puestos sobre la mordedura ponzoñosa aprovechan bien; y aun si bebiese el paciente el çumo dellos con vino le hará provecho, porque derrama la ponzoña que no vaya al coraçón. Y esta bebida también aprovecha al que está herido de pestilencia<sup>70</sup>.

Si las virtudes curativas del vino son tantas, don Quijote, buscando una medicina que curase sus heridas, se acordará del bálsamo de Fierabrás y dará la receta —en la que no puede faltar el vino— para confeccionar tal bálsamo, que es capaz hasta de unir las dos partes del cuerpo en que puede ser partido un caballero andante. La primera vez que se habla de este misterioso bálsamo, que según la leyenda sirvió para ungir el cuerpo de Cristo antes de enterrarlo, aparece tras la aventura del vizcaíno, quien hirió a don Quijote en una oreja. Sancho se propone curarle con «hilas y un poco de unguento blanco<sup>71</sup>»; pero el caballero le replica:

- Todo eso fuera bien escusado - respondió don Quijote - si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

- ¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? - dijo Sancho Panza.

- Es un bálsamo - respondió don Quijote - de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y ansí, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me

<sup>69</sup> LOPE DE VEGA, *La Dorotea*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, Cátedra, 1996, pp. 220-221.

<sup>70</sup> Pedro CIRUELO, *Reprobación de las supersticiones y hechicerías*, ed. facsímil, Madrid, Maxtor, 2005, p. 99.

<sup>71</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 10, p. 125.

han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sutileza, antes que la sangre se yele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente y al justo. Luego me darás a beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verasme quedar más sano que una manzana.

- Si eso hay - dijo Panza - , yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adondequiera más de a dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber agora si tiene mucha costa el hacelle.

- Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres - respondió don Quijote.

- ¡Pecador de mí! - replicó Sancho - . Pues ¿a qué aguarda vuestra merced a hacelle y a enseñármelo?

- Calla, amigo - respondió don Quijote - , que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte; y, por agora, curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera<sup>72</sup>.

Unos capítulos después, cuando el arriero sorprende a Maritornes en el lecho del caballero andante, después de una ridícula pelea, en la que el hidalgo y el escudero salen malparados, don Quijote fabricará el famoso bálsamo:

- [...] Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

Levantose Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue ascuras donde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

- Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cuadrillero tal oyó, tívole por hombre falto de seso; y, porque ya comenzaba a amanecer, abrió la puerta de la venta y, llaman-

<sup>72</sup> *Op. cit.*, I, 10, pp. 125-126.

do al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos<sup>73</sup>.

¿Quién era en realidad Fierabrás? Martín de Riquer<sup>74</sup> resume así la leyenda de este personaje:

El lector debe saber que el cantar de gesta francés de *Fierabrás*, que se fecha hacia el año 1170, cuenta que el rey sarraceno Balán y su hijo el gigante Fierabrás conquistaron Roma, la saquearon y robaron las sagradas reliquias allí veneradas, entre ellas dos barriles con restos del bálsamo con que fue embalsamado el cuerpo de Jesús, que tenía el poder de curar las heridas a quien lo bebía. Siguen innumerables batallas con los francos, en las que Oliveros realiza grandes hazañas, hasta que finalmente Fierabrás se hace cristiano y Carlomagno devuelve el precioso bálsamo a Roma. Se trata de la novelización de una ingenua leyenda piadosa, redactada con fe ardiente y espíritu cristiano, que en España se divulgó gracias a una prosificación francesa del cantar que se tradujo con el título de *Historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia, e de la cruda batalla que hubo Oliveros con Fierabrás, rey de Alejandría, hijo del grande almirante Balán*, publicada en Sevilla en 1525 y reimpressa varias veces.

---

<sup>73</sup> *Op. cit.*, I, 17, pp. 195-196.

<sup>74</sup> Martín de Riquer, «Aproximación al Quijote», en *Para leer a Cervantes*, Barcelona, Acanthilado, 2003, pp. 9-281. El texto citado, p. 149.

Con estos ingredientes naturales, don Quijote prepara el bálsamo, como si fuera un alquimista<sup>75</sup>. La mezcla de componentes «simples» —como eran el aceite, vino, romero y sal, los tres primeros de procedencia vegetal, y el último mineral— era habitual en la práctica farmacéutica de la época, tal y como la describe don Quijote. José Pardo<sup>76</sup> escribe:

La combinación de los *simples* medicinales (cada uno de los elementos vegetales, animales o minerales empleados) en sofisticados *compuestos* (el más conocido de los cuales era la *teriaca* o triaca, en cuya receta se combinaban más de un centenar de simples) era el objeto de los numerosos *Antidotarios* circulantes en la época. La elaboración de las diferentes recetas era competencia de los boticarios y objeto de discusión continua entre los médicos, tanto en sus tratados como en las consultas que se intercambiaban o en las juntas de médicos que los reunían en torno al lecho del enfermo.

Los cuatro «simples» que pide don Quijote se ponen al fuego y, después de cocer un largo rato, el producto «compuesto» se vierte en una alcuza de hojalata<sup>77</sup>. Es posible que Cervantes se basara en alguna fórmula real para describir la receta del bálsamo. Francisco López - Muñoz y Cecilio Álamo<sup>78</sup> se refieren a una receta parecida del médico portugués Petrus Hispanus (1215-1277), futuro papa Juan XXI, recogida en un libro atribuido a él, *Thesaurus pauperum*, en donde se describe un ungüento muy virtuoso hecho mediante la cocción de romero en aceite de oliva.

Una vez hecho el bálsamo, don Quijote reza unas oraciones para que surta efecto. Las heridas se curarán con el bálsamo, no solo con las oraciones. Y notemos que don Quijote no pronuncia palabras mágicas, sino paternóster, avemarías, salves y credos, lo que parece recordar las reprobaciones que hace Pedro Ciruelo<sup>79</sup> de las supersticiones con que pretenden curar algunos ensalmadores, aceptando solo aquel ensalmo en el que, «con palabras buenas y

<sup>75</sup> Bénédicté TORRES, *Cuerpo y gesto en el «Quijote» de Cervantes*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002, p. 197.

<sup>76</sup> José PARDO TOMÁS, «Andrés Laguna y la medicina europea del Renacimiento», en *Los orígenes de la ciencia moderna. Actas años XI y XII*, La Orotava y Las Palmas de Gran Canaria, Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 2002, pp. 45-67. El texto citado, p. 56.

<sup>77</sup> Vid. FRANCISCO LÓPEZ MUÑOZ y CECILIO ÁLAMO, «El *Dioscórides* de Andrés Laguna en los textos de Cervantes: de la materia medicinal al universo literario», *Anales cervantinos*, XXXIX (2007), pp. 193-217. La referencia, p. 205.

<sup>78</sup> *Op. cit.*, p. 206.

<sup>79</sup> CIRUELO, *op. cit.*, pp. 67-73.



verdaderas pone sobre la herida o llaga buenas medicinas naturales». ¿Y qué palabras mejores que las oraciones?

En cuanto don Quijote elabora el bálsamo de Fierabrás, se bebe «casi media azumbre», es decir, casi un litro, pues la azumbre se divide «en cuatro medidas, que llamamos cuartillos<sup>80</sup>»; el efecto al principio no fue bueno, pues empezó a vomitar y le dio un sudor frío, aunque después se durmió y, al despertar, se sintió curado:

Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así y quedose dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante, sin temor alguno, cualesquiera ruinas, batallas y pependencias, por peligrosas que fuesen<sup>81</sup>.

Sancho también quiere probar el milagroso bálsamo, aunque le causará un efecto muy distinto del que causó a su amo. Y es que el bálsamo de Fierabrás solo servía para curar a los caballeros, no a los escuderos:

Sancho Panza, que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él, tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó a pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y, así, primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:

- Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

<sup>80</sup> COVARRUBIAS, *op. cit.*, p. 149.

<sup>81</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 17, p. 197.

- Si eso sabía vuestra merced - replicó Sancho - , ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto, hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales paratismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Durole esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener<sup>82</sup>.

De nuevo encontramos el vino en el *Quijote*, ahora en la receta del bálsamo de Fierabrás, parodia de los ungüentos mágicos que sanaban las heridas de los caballeros andantes. El vino, tan importante en la cultura española, no solo lo trata Cervantes como recurso alimenticio o con connotaciones festivas<sup>83</sup>, sino también como elemento medicinal. Cervantes cita ochenta y ocho alimentos en el *Quijote*: pescados, carnes, vegetales, legumbres, frutas, guisos, quesos y vinos añejos, generosos y de Ciudad Real<sup>84</sup>. La cultura del vino está muy presente en las obras cervantinas, y no solo en el *Quijote*. En *El celoso extremeño*, por ejemplo, Laoaysa sostiene que el vino, si se bebe con medida, nunca causa daño, aunque al negro le enronquece:

- Ninguna cosa me enronquece tanto - respondió el negro - como el vino, pero no me lo quitaré yo por todas cuantas voces tiene el suelo.

<sup>82</sup> *Op. cit.*, I, 17, pp. 197-198.

<sup>83</sup> Ramón MORALES, «Glosario de alusiones vegetales en las obras completas de Cervantes», *Anales cervantinos*, XXXVII (2005), pp. 267-295. El texto citado, p. 291.

<sup>84</sup> «Cervantes cita 88 alimentos en el *Quijote*, entre ellos pescados como el bacalao, el caviar negro, el curadillo, los peces de la laguna de Ruidera, las truchas, truchuelas, sardinas y arenques; carnes como el cabrito, carnero, conejo, gallinas, gallipavo, ganso, gullerías, lechones, jamón, liebre, novillo palomino, perdices, pichones, pollo, ternera, tocino, torreznos asados y vaca; vegetales como aceitunas, ajos, cebolla, hierbas, nabos y zanahorias; legumbres como algarrobas, garbanzos, lentejas, cebada y trigo; frutas como avellanas, bellotas, granada, nísperos, nueces, pasas y uvas; guisos como albondiguillas, canutillos, cecina, duelos y quebrantos, además de empanadas, ensaladas, fruta sazónada, manjar blanco, matalotaje, carne de membrillo, migas con torreznos, olla podrida, salpicón, tasajo de cabra, torreznos asados y tortilla de huevos. No olvida los quesos manchego, de Tronchón, requesón y la leche, así como el vino añejo, generoso y de Ciudad Real. Evidentemente, también aparecen el pan, la sal, la pimienta, los ajos y el aceite. Todo un completo inventario de la alimentación de los hombres del Renacimiento español»: Juan ESTEVA DE SAGRERA, «La farmacia en el *Quijote*», *OFFARM*, 24 (2005), pp.104-116. El texto citado, p. 116.

- No digo tal - dijo Loaysa - , ni Dios tal permita. Bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga, que el vino que se bebe con medida jamás fue causa de daño alguno.

- Con medida lo bebo - replicó el negro - . Aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal; este me llenan las esclavas, sin que mi amo lo sepa, y el despesero, a solapo, me trae una botilla, que también cabe justas dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro.

- Digo - dijo Loaysa - que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca garganta ni gruñe ni canta<sup>85</sup>.

Ante los consejos de Laoaysa, Luis responde con un juego de palabras; en efecto, beber con medida significa beber con moderación. Pero la dilogía queda patente cuando enseguida se refiere al jarro y a la botilla, que sirven para medir la capacidad de los líquidos. Es decir, el negro bebe el vino *con medida*, con la medida de una azumbre (la del jarro que le llevan las esclavas) o de dos de la bota pequeña que, a escondidas, le trae el despensero. A Loaysa, pues le interesa estar a bien con el negro para conseguir a la esposa de Carrizales: le sigue la corriente, entendiendo perfectamente el sentido de beber con medida.

Luis, el negro, se refiere al jarro y a la botilla, donde se guarda el vino. Botas, jarros, cueros, cubas, zaques... son utensilios para echar el vino. Fijémonos en las botas, cueros y zaques.

La bota de vino aparece en el *Quijote* siempre unida a Sancho Panza. Según Covarrubias, «En castellano llamamos bota a la que los demás llaman borracha, que es cuerecito pequeño con la mitad de costura y un brocal en el cuello<sup>86</sup>». Sancho, cuando acompaña por vez primera a su señor, va «sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido<sup>87</sup>». Encontramos, desde el comienzo, los tres atributos del escudero: el jumento, las alforjas y la bota, además de su deseo ferviente de convertirse en gobernador de la ínsula. Un poco más adelante, volveremos a encontrarlo, sobre su jumento, comiendo de lo que llevaba en las alforjas y empinando la bota. Como en el caso anterior, Cervantes lo describe como un hombre feliz y contento, sobre todo porque empinaba la bota, frase que, según Correas<sup>88</sup>, significa «beber de gana, sin tasa»:

<sup>85</sup> Miguel de CERVANTES, «Novela del celoso extremeño», en *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López y Javier Blasco, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 325-369. El texto citado, p. 341.

<sup>86</sup> COVARRUBIAS, *op. cit.*, pp. 201-202.

<sup>87</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 7, p. 101.

<sup>88</sup> CORREAS, *op. cit.*, p. 926.

Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga<sup>89</sup>.

Y, en efecto, tanto empinaba la bota Sancho, que, «Al levantarse, dio un tiento a la bota, y hallola algo más flaca que la noche antes, y affigiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta<sup>90</sup>».

Hay un episodio muy curioso en la segunda parte del *Quijote*, en el que la bota de vino adquiere gran protagonismo. Es aquel en el que el escudero del Caballero del Bosque invita a beber al escudero del Caballero de la Triste Figura. Dejando a sus señores prestos para el combate, el escudero del Caballero del Bosque prepara la invitación a Sancho:

Y, levantándose, volvió desde allí a un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar tan grande que Sancho, al tocarla, entendió ser de algún cabrón, no que de cabrito; lo cual visto por Sancho, dijo:

- Y ¿esto trae vuestra merced consigo, señor?

- Pues ¿qué se pensaba? - respondió el otro - . ¿Soy yo por ventura algún escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo que lleva consigo cuando va de camino un general.

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba a oscuras bocados de nudos de suelta<sup>91</sup>, y dijo:

- Vuestra merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente<sup>92</sup>, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo a lo menos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello a un gigante; a quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas<sup>93</sup> y otras tantas de avella-

<sup>89</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 8, p. 106.

<sup>90</sup> *Op. cit.*, I, 8, p. 107.

<sup>91</sup> «Seltas de mula, las maneotas; y dijéronse así a contrario sensu»: *vid. COVARRUBIAS, op. cit.*, p. 904. «Suelta. Se llama la traba, ò maneóta, con que se atan las manos de las caballerías, que pacen»: *vid. Diccionario de Autoridades, op. cit.*

<sup>92</sup> «Del molino que está cumplido en todo lo que ha menester, y por metáfora se dice de cualquier otra cosa»: *vid. COVARRUBIAS, op. cit.*, p. 759. *CORREAS, op. cit.*, p. 885, recoge corriente y moliente, y anota: «Símil de molino. Usual».

<sup>93</sup> Era comida de animales o gente humilde. *Vid. COVARRUBIAS, op. cit.*, p. 60.

nas y nueces, mercedes a la estrechez de mi dueño, y a la opinión que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo.

- Por mi fe, hermano - replicó el del Bosque -, que yo no tengo hecho el estómago a tagarninas<sup>94</sup>, ni a piruéтанos, ni a raíces de los montes. Allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de la silla, por sí o por no, y es tan devota<sup>95</sup> mía y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos.

Y diciendo esto se la puso en las manos a Sancho, el cual, empinándola, puesta a la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza a un lado<sup>96</sup>, y dando un gran suspiro dijo:

- ¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!<sup>97</sup>.

Tanto bebieron los dos escuderos que, al final, «asidos entrambos de la ya casi vacía bota<sup>98</sup>», se quedaron dormidos.

Hay otro episodio muy curioso en el que a Sancho también le invitan a beber vino de una bota. El comienzo del episodio es un tanto extraño, y no solo por la comida, sino por la sal que no sabemos sobre qué alimento la pondrían, y porque tomaban los alimentos con la punta del cuchillo, aunque los que se citan no se puedan pinchar. Por supuesto, en esta comida campestre no podían faltar las botas de vino. Azorín<sup>99</sup> también se pregunta cómo podían estos cinco alemanes y el morisco español coger los alimentos con la punta del cuchillo, por lo que Hartzenbusch cambió *cuchillos* por *cebolla*. Leamos el episodio:

Tendiéronse en el suelo y, haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajadas de queso, huesos mondos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados.

<sup>94</sup> Citando este texto del *Quijote*, el *Diccionario de Autoridades*, *op. cit.*, dice que tagarninas «es lo mismo que cardillos»; piruéтанos (que no lo recoge) son las peras silvestres (*vid. Dic. len. esp., op. cit.*).

<sup>95</sup> Juego de palabras: devota, de-bota, lo que hará, un poco después, llamar al vino *católico*.

<sup>96</sup> Recuérdese lo dicho antes sobre la expresión «vino de una oreja». Al dejar caer la cabeza a un lado, Sancho está dando el vino por excelente, como decía CORREAS, *op. cit.*, p. 1104: «porque, probando el vino, si es bueno, alabándole se tuerce la cabeza por una oreja».

<sup>97</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, II, 13, pp. 798-799.

<sup>98</sup> *Op. cit.*, II, 13, p. 800.

<sup>99</sup> AZORÍN, *Artículos de Azorín publicados en el «ABC»*. Selección, 18 de abril de 1947. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com>. Fecha de acceso: 3/6/2015.

Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama *cavial* y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre. No faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas. Pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se había transformado de morisco en alemán o en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco.

Comenzaron a comer con grandísimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego, al punto todos a una levantaron los brazos y las botas en el aire: puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas a un lado y a otro, señales que acreditaban el gusto que recibían, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía, antes, por cumplir con el refrán, que él muy bien sabía de «cuando a Roma fueres, haz como vieres», pidió a Ricote la bota y tomó su puntería como los demás y no con menos gusto que ellos.

Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fue posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decía:

- *Español y tudesqui, tuto uno: bon compañero.*

Y Sancho respondía:

- *Bon compañero, jura Di!*

Y disparaba con una risa que le duraba un hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno, porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabársele el vino fue principio de un sueño que dio a todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido más y bebido menos; y apartando Ricote a Sancho, se sentaron al pie de una haya, dejando a los peregrinos sepultados en dulce sueño [...] <sup>100</sup>.

---

<sup>100</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, II, 54, pp. 1168-1170.

En este fragmento destaca el vino. En primer lugar, el caviar<sup>101</sup> despierta la colambre, pues es un llamativo<sup>102</sup>, es decir, una comida que excita la sed<sup>103</sup>. El *Diccionario de Autoridades*, citando este texto de Cervantes, dice que este manjar, que se hace con huevos de pescado, despierta la colambre o corambre<sup>104</sup>, es decir, «aviva la sed de vino», como aún dicen en Andalucía, según anota este pasaje Rodríguez Marín<sup>105</sup>, aunque Miguel Herrero García, en su edición del *Entremés del rufián viudo llamado Trampagos*<sup>106</sup>, dice que es expresión típica del habla chulesca de Madrid. Además el vino viene en seis botas, todas grandes, en especial la del morisco Ricote. El ritual de beber en bota se describe minuciosamente: las levantan, ponen las bocas en la boca de las botas, clavan los ojos en el cielo y mueven las cabezas en señal del placer que recibían. Sancho, ante esta escena, no puede sino pedir la bota a Ricote, quien se la pasa y el bueno de Sancho hace lo que ve. Hasta cuatro veces las empinaron y, al final, se acabó el vino y, como en otras ocasiones, a todos les vence el sueño, a todos menos a Sancho y a Ricote, porque habían comido más que bebido.

Los caballeros andantes tenían que ser parcos en el comer y en el beber, como muchas veces dice don Quijote a Sancho, siendo a veces su alimento las hierbas del campo<sup>107</sup>. El vino, por supuesto, también habría que excluirlo de

<sup>101</sup> La palabra procede del turco, a través del italiano de Levante, y Cervantes la tomó del italiano; *vid.* Joan COROMINAS y José A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980-1991, 6 vols. En la *Gran enciclopedia cervantina*, vol. III, director Carlos ALVAR, Madrid, Castalia, 2006, pp. 2117-2118, leemos que el caviar ya lo cita Rabelais en su *Pantagruel*, e incluso aparece en el *Viaje de Turquía*; al parecer, en la época de Cervantes el caviar no era muy conocido en España, pues no se cita en los libros culinarios de la época. Cervantes lo pudo conocer en su etapa de soldado y de cautivo en Argel.

<sup>102</sup> Tosilos ofrecerá a Sancho queso de Tronchós, que sirve «de llamativo y despertador de la sed»: CERVANTES, *Don Quijote...*, II, 66, p. 1280.

<sup>103</sup> María Inés CHAMORRO, *Gastronomía del Siglo de Oro español*, Barcelona, Herder, 2002, p. 13.

<sup>104</sup> En *Cara de Plata*, el autor hace decir a don Pedrito, hijo del caballero don Juan Manuel Montenegro: «A los mostos castellanos los mata el gusto a la corambre»; a continuación, don Farruquiño, que es el hijo menor de Montenegro, elogia los vinos gallegos; *vid.* Ramón del VALLE-INCLÁN, *Cara de Plata. Comedia bárbara*, 4.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1976 (Colección «Austral», 651), p. 54. El mismo autor, en *Farsa italiana...*, *op. cit.*, p. 68, pone en boca de don Facundo: «A la corambre / siempre sabe el de Rueda».

<sup>105</sup> Miguel de CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, vol. VII, ed. Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Espasa-Calpe, 1962 («Clásicos Castellanos», 17), II, 54, p. 327, n. 16.

<sup>106</sup> Miguel de CERVANTES, «Entremés del rufián viudo llamado Trampagos», en *Entremeses*, ed. Miguel Herrero García, Madrid, Espasa-Calpe, 1962 («Clásicos Castellanos», 125), pp. 27-59. La referencia, p. 42, n. 4.

<sup>107</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, *op. cit.*, I, 10, pp. 129-130; I, 18, p. 214; etc.

su comida habitual. Quizá por eso don Quijote las emprende a cuchilladas con los gigantes, es decir, con los cueros<sup>108</sup> de vino, al final de la novela del «Curioso impertinente». Sancho, al ver el desastre que ha causado su amo, compara la ficción (la cabeza cortada del gigante) con la realidad (un gran cuero de vino); en cambio el ventero enseguida se da cuenta de lo que pasa: don Quijote está dando cuchilladas en sus cueros de vino tinto. En efecto, el hidalgo manchego, en camisa, dejando ver sus piernas muy largas y flacas, llenas de vello y poco limpias, la había emprendido a cuchilladas con los cueros, pensando que las daba en algún gigante. Corre el vino tinto o la sangre, en la quimera del caballero, confundiendo una vez más la ficción con el mundo real; y este caballero andante es la ruina, como dice la ventera, pues don Quijote, en otra ocasión, se había ido sin pagar y ahora les rompe los cueros. Gran pérdida debía ser quedarse una venta sin vino, y tiene que ser el cura el que prometa al ventero repararle por el estropicio que ha cometido don Quijote<sup>109</sup>.

Los cueros están relacionados con los odres: al fin y al cabo un odre es un cuero en el que se trasega el mosto<sup>110</sup>. Los cueros de vino se hacen de la piel del macho cabrío, sacándola por la cabeza, sin hacerle ningún corte y adobándola<sup>111</sup>. Esos cueros enormes, puestos a la cabecera de la cama, fueron los que don Quijote confundió con gigantes. Pero en esta escena hay algo sorprendente: el caballero, cuando acuchilla los cueros, está dormido, y así lo hace ver el narrador cuando dice: «Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante<sup>112</sup>». Es decir, el episodio, que es algo curioso, como indica la expresión irónica «y es lo bueno que<sup>113</sup>», se sitúa en el mundo de los sueños, quizá en esos sueños que produce el vino<sup>114</sup>. Por eso la aventura se concluye cuando despiertan a

<sup>108</sup> VALDÉS prefiere la palabra *odre* a *cuero*, aunque no se atrevería a usarla: «*Odre y odrero* solían dezir por lo que agora dezimos *cuero* y *botero*; a mí, aunque soy mal mojó, bien me contenta el *odre*, porque no es equívoco como el *cuero*, pero no lo osaría usar; *odrero* sí, siquiera por amor de la provincia de Toledo, que dize: *Soplará el odrero y levantarase Toledo*». Vid. Juan VALDÉS, *Diálogo de la lengua*, ed. Juan M. Lope Blanch, Madrid, Castalia, 1969, p. 127.

<sup>109</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, II, 35, 454-463. Curiosamente, el capítulo siguiente, es decir, el 36, se titulará: «Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto...», episodio contado en el capítulo anterior.

<sup>110</sup> COVARRUBIAS, *op.cit.*, p. 785.

<sup>111</sup> Vid. *Diccionario de Autoridades*, *op.cit.*

<sup>112</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 35, 455.

<sup>113</sup> «Bueno es que. Phrase con que se dá à entender lo que especialmente es digno de algun repáro, ò admiracion»: vid. *Diccionario de Autoridades*, *op. cit.*

<sup>114</sup> En una comedia de Lope de Vega, *El saber por no saber* y *Vida de san Julián*, fechada hacia 1602 o después de 1603 (vid. S. Griswold MORLEY y Courtney BRUERTON, *Cronología de las comedias de Lope de Vega*, versión española de María Rosa Cartes, Madrid, Gredos, 1968,



don Quijote, y precisamente le despiertan con agua<sup>115</sup>, dándose de nuevo esa oposición constante de agua/vino.

Otro de los envases para guardar el vino es el zaque, palabra que aparece en cinco ocasiones en el *Quijote*, tres en singular y dos en plural. No es voz muy frecuente en las obras de Cervantes<sup>116</sup>. No solo en el *Quijote* aparece esta voz, sino también en el teatro: en *El gallardo español*<sup>117</sup>, después de enumerar diversos manjares, Arlaxa se refiere al «dulce lebeni<sup>118</sup> en zaques encerrado»; en *Los baños de Argel*<sup>119</sup> un guardián dice de los jenízaros archíes que «están siempre zaques hechos». Expresión análoga encontramos en *El rufián dichoso*<sup>120</sup>: «él hecho zaque, ellos cueros». También en *El vizcaíno fingido*<sup>121</sup> un personaje, para referirse a los borrachos, usa esta expresión: «¿... aunque fuese de algún borgoñón más borracho que un zaque?».

En el *Quijote*, los zaques de vino también suelen estar relacionados con Sancho, como en el caso de la bota. Los zaques aparecen en dos momentos importantes, uno en cada parte. En la primera, los cabreros guardan el vino en zaques; en la segunda, la exageración llega a su culmen en las pantagruélicas bodas de Camacho.

pp. 550-551), el criado de un mal caballero se refugia en un convento, creyendo que había matado a un hombre; pero san Julián le tranquiliza: las estocadas las había dado en un cuero de vino (vid. Ramón MENÉNDEZ PIDAL, «Un aspecto en la elaboración del “Quijote”», en *De Cervantes y Lope de Vega*, 7.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1973 (Colección «Austral», 120), pp. 9-60. La referencia, p. 55).

<sup>115</sup> A pesar de los golpes que le da el ventero, don Quijote no despierta, «hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo y se le echó por todo el cuerpo de golpe»: CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 35, p. 455.

<sup>116</sup> VALDÉS, *op. cit.*, p. 131, escribe: «Zaque lo mesmo es que odre o cuero de vino, y a uno que stá borracho dezimos que stá hecho un zaque; también he oído en la Mancha de Aragón llamar *zaques* a unos cueros hechos en cierta manera, con que sacan agua de los pozos; vocablo es que se usa poco; yo no lo uso jamás».

<sup>117</sup> Miguel de CERVANTES, «El gallardo español», en *Obras de Miguel de Cervantes Saavedra. II. Obras dramáticas*, ed. Francisco Ynduráin, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1962, pp. 1-62. El texto citado, p. 43.

<sup>118</sup> El lebeni es una bebida moruna que se prepara con leche agria. Vid. *Dic. leng. esp., op. cit.*

<sup>119</sup> Miguel de CERVANTES, «Los baños de Argel», en *Obras de Miguel de Cervantes Saavedra. II. Obras dramáticas*, ed. Francisco Ynduráin, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1962, pp. 117-185. El texto citado, p. 168.

<sup>120</sup> Miguel de CERVANTES, «El rufián dichoso». en *Obras de Miguel de Cervantes Saavedra. II. Obras dramáticas*, ed. Francisco Ynduráin, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1962, pp. 187-239. El texto citado, p. 234.

<sup>121</sup> Miguel de CERVANTES, «Entremés del vizcaíno fingido», en *Entremeses*, ed. Miguel Herrero García, Madrid, Espasa-Calpe, 1962 («Clásicos Castellanos», 125), pp. 119-154. El texto citado, p. 137.

Después de la aventura del vizcaíno, don Quijote y Sancho fueron a parar junto a unas chozas de unos cabreros, que los acogieron muy bien. Los invitaron a cenar y a beber en un cuerno, que sirve de vaso, y tanto bebieron en él «que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto<sup>122</sup>». El zaque es un «odre pequeño de cuero en que trajinan agua o vino<sup>123</sup>». El vino, pues, pasaba del zaque al cuerno y de este a los cabreros y a Sancho y a don Quijote. Después de la cena, el hidalgo, tomando un puñado de bellotas, hará el elogio de la edad dorada. Mientras tanto, Sancho comía bellotas «y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque<sup>124</sup>». En efecto, el zaque se hacía con cuero de animales y conservaba su pelo, el cual se mojaba para que el vino estuviese fresco. Tras la cena, un cabrero canta un romance amoroso; don Quijote, como en las novelas pastoriles, le pide una nueva canción; pero Sancho, considerando el trabajo real de los cabreros, le dice que lo mejor será irse a dormir. Es ahora cuando don Quijote le responde con ironía, pues sabe que lo que Sancho desea es dormir por los efectos del vino que ha tomado: «que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música<sup>125</sup>».

Si en la primera parte el vino viene precedido por el olor de tasajos de cabra que percibe Sancho<sup>126</sup>, en la segunda, tras despertar don Quijote a su escudero, este percibe también un olor, ahora de torreznos, como preámbulo de las fastuosas bodas de Camacho<sup>127</sup>. La comida es abundantísima y el vino no le va en zaga, pues Sancho cuenta «más de sesenta zaques de más de a dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos<sup>128</sup>». Como medida de peso, la arroba o cántara equivalía a unos doce kilos; en cambio, como medida de capacidad, equivalía a unos dieciséis litros. Las medidas utilizadas para los vinos eran la azumbre, que equivalía a cuatro cuartillos; la cántara o arroba, a 8 azumbres; la carga, a siete cántaras; y el moyo, a 16 cántaras<sup>129</sup>. Los sesenta zaques están llenos de vinos añejos, excelentes, que «exceden à lo comun de la especie<sup>130</sup>». En la época de Cervantes,

<sup>122</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 11, 132.

<sup>123</sup> COVARRUBIAS, *op. cit.*, p. 983.

<sup>124</sup> CERVANTES, *Don Quijote...*, I, 11, 135-146.

<sup>125</sup> *Op. cit.*, I, 11, 139.

<sup>126</sup> *Op. cit.*, I, 11, 130-131.

<sup>127</sup> *Op. cit.*, II, XX, 863.

<sup>128</sup> *Op. cit.*, II, XX, 865.

<sup>129</sup> Bernat HERNÁNDEZ, «Monedas, pesos y medidas», en Miguel de CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha. Volumen complementario*, ed. del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2004, pp. 941-949. La referencia, p. 948.

<sup>130</sup> *Vid. Diccionario de Autoridades, op. cit.*

los vinos solían ser suaves, del año; estos vinos eran los que consumían las clases populares; pero también había vinos más fuertes y olorosos, muy caros, que eran los que tomaban los ricos<sup>131</sup>. Estos vinos generosos se ofrecieron en las bodas de Camacho, y Sancho se sintió atraído no solo por el vino sino por los otros manjares que estaban preparando para la ocasión.

El *Quijote*, como tantas otras obras, recoge en sus páginas muchos testimonios de su época. La vida, las costumbres, la religión, el habla, los caminos, las ventas, las distintas clases sociales... pueblan los capítulos de la obra de Cervantes. Es la cultura del hombre de aquella época, a veces no tan alejada de la nuestra. Y entre esa cultura no podía faltar el vino: el vino como bebida, como alimento, como medicina. Relacionado con el vino hay todo un mundo de ideas y de expresiones que repiten los personajes del *Quijote*, en especial Sancho. Y es que la cultura se manifiesta sobre todo en el lenguaje, como decíamos al principio citando a Lorenzo Valla: el hablar y el beber vino distingue a los hombres de los animales. Como hombre de su tiempo, don Quijote también bebía vino, sobre todo antes de ser caballero. Su dieta, tal y como se describe al comienzo de la obra, constaba de cinco platos fundamentales: la olla y el salpicón eran los platos habituales, el primero en la comida y el último en la cena; los sábados, duelos y quebrantos; los viernes, lentejas; y los domingos alguna vez se permitía el lujo de algún palomino. Es de suponer que en la mesa no faltarían ni el pan ni el vino, ni algunas frutas y hortalizas del tiempo<sup>132</sup>.

El vino que bebía Cervantes es el que bebe también don Quijote. Y esto lo entendió muy bien Azorín en las finas evocaciones que hizo del novelista y del hidalgo manchego: en uno de sus artículos periodísticos cuenta que dos viajeros (uno de ellos era el propio Cervantes) llegaron a una venta; el ventero, ante la extrañeza de Cervantes, les dice: «Clarete como este tan oloroso y suave, no lo hay en parte alguna; es el mismo que he servido hace unos días a don Quijote de la Mancha<sup>133</sup>».

<sup>131</sup> CHAMORRO, *op. cit.*, p. 11.

<sup>132</sup> Matilde SANTAMARÍA ARNÁIZ, «Don Quixote's diet», p. 4. Disponible en <http://www.ems.kcl.ac.uk/print/b005.html>. Fecha de acceso: 05/06/2015.

<sup>133</sup> AZORÍN, *Artículos de Azorín publicados en el «ABC»*. Selección, 19 de junio de 1942. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com>. Fecha de acceso: 3/6/2015.

